

LA IMPOSIBLE PERO SIEMPRE INTENTADA
RECONSTRUCCIÓN DE LA HISTORIA DE
FABIÁN, LA BELLA Y EL TERCERO A DE LA
ESCUELA PREPARATORIA MÉXICO

(referida por uno de sus condiscípulos que prefirió
quedar en el anonimato)

Pedro Ángel Palou

Bien a bien ninguno de nosotros conoció a Fabián. Era raro: barba lacia y larga, lentes de arillo, una arracada en la oreja izquierda, camisas arrugadas comp rodilla de elefante, mirada perdida. Andaba siempre en otro lado. Le preguntabas algo y regresaba del pasado inmemorial quitándose los audífonos de su walkman sin saber qué era lo que habías dicho. Afirmaban, vaya usted a saber, que nunca oía nada, que su aparato ni siquiera tenía pilas. Pero luego inventan tantas mentiras. Un loco, un desgreñado, un romántico, un bohemio, un poeta. Cada quien tenía una distinta imagen de Fabián. Fuera de la escuela, como para haber podido platicar, sólo lo vi cuatro veces. Esas ocasiones son mi único recuerdo, lo poco que sabría contestar. Lo demás, aunque vaya saliendo, pueden ser sólo chismes.

La primera ocurrió en casa de Gerardo Díaz, casi al inicio del curso. Ninguno de nosotros conocía a Fabián y su presencia enigmática ya enmarcaba la reunión, cualquier posible reunión en la que estuviera él. Su pasado —si es que hombres como él pueden tener algún pasado— necesariamente incomprensible e inútil salió a retazos y si quisiéramos reconstruirlo bastarían unos cuantos datos lacónicos: su presencia en la ciudad gracias a una beca de estudios, su familia lejana y olvidada —para suerte de Fabián— en algún oscuro rincón de la sierra, una pasión desmedida por la literatura (¿hay alguna forma de la pasión que no sea desmedida?), que había empezado al llegar él a la ciudad, a otra escuela, en primero de secundaria. Un afán, entonces, por literaturizar la vida y por supuesto un amor platónico, imposible. Pero su imposibilidad radicaba —aquí lo más cómico— en que se trataba de la Bella. ¿No le han contado? ¡Qué bueno!, porque estoy convencido que la vida de Fabián (y la de todos noso-

tros) giró alrededor de su presencia. Todos, absolutamente todos los alumnos del Tercero A estábamos enamorados perdidamente y sin esperanza de la mujer más hermosa de la tierra. Ya nadie le llamaba por su nombre, que se había perdido tras la fuerza de su increíble belleza. Y, es preciso anotarlo, no se trata de ninguna hipérbole. ¿Usted se imagina, en alguien como Fabián, lo pernicioso de ese contacto? Porque, es claro, no todos los hombres tienen la posibilidad de entrar en contacto, siquiera una vez en la vida, con alguna representación de lo perfecto. Nosotros sí. Desde el instante en que la vio —el primer día de clases— Fabián se igualó a sus veinticinco condiscípulos en algo: se enamoró a primera vista de la Bella.

Una mujer así, se entiende, es consciente de su fuerza: sabe —y le parece lo más natural— que todos, sin excepción, voltearán a verla cuando entre a algún lugar. Ya había empezado la primera clase —el profesor exponía su método para enseñarnos etimologías griegas y latinas; Fabián, por supuesto, estaba absorto, emocionado, pensando en Homero— cuando la Bella abrió la puerta musitando un se puede y fue a sentarse en el único lugar vacío de todo el salón: en la última fila, junto a Fabián. Toda la clase sintió la más verde y terrible de las envidias y regresó la mirada al diminuto profesor de raíces que parecía —como las lenguas que enseñaba— haber muerto muchos siglos antes. Fabián no. Tímido, retraído, débil. Sí. Pero también sensible. Lo que en nosotros fue un enamoramiento que terminó —en algunos casos— en serenatas borrachas frente a su casa o proposiciones más o menos veladas que siempre eran rechazadas, en el caso de Fabián se convirtió en una pasión desbordada, enfermiza, total. Ese día redactó, según cuentan, trescientos veinticuatro sonetos, dos odas y un acróstico. A la mañana siguiente, ojeroso por el arrebató poético que lo tornó in-

somne fue sorprendido por Eulogio Quintero, uno de los líderes de la clase. Éste le arrebató la libreta con desdén y, para mostrar su virilidad ante la Bella, le tendió los poemas —toda una catarata de versos— burlándose de Fabián. No preciso decirle los colores que tiñeron la piel del poeta, salió disparado y no volvió al colegio sino una semana después con un justificante médico tan falso como su modestia. En esos días —dicen que dijo— había reflexionado sobre el acto y agradecía a Eulogio el servicio: él nunca se hubiera atrevido a mostrarle sus creaciones a la Bella. Sin embargo por parte de su diosa no hubo ninguna respuesta, ni siquiera una mirada de reconocimiento para Fabián. De todo ese incontenible fárrago de metáforas sólo se salvó un poema que fue publicado en el periódico escolar y cuyo título sirvió para el apodo que sustituiría para siempre el nombre de su musa: *A una Bella*.

Pero yo le estaba hablando, claro, de la fiesta en casa de Gerardo Díaz. Poco después de las nueve, cuando ya estábamos todos reunidos hizo su aparición —como siempre, misteriosamente— la Bella. Un silencio de inicio de concierto llenó el departamento. Volteamos a mirarla. Si con el uniforme se veía mágica con una minifalda de mezclilla y una blusa casi transparente parecía simplemente divina. Se escuchó un hola colectivo y unísono. La Bella, acomodando la ya descrita y proverbial melena ondulada contestó caminando como sólo podría hacerlo ella, a donde se encontraba Fabián. No a causa de su presencia, sino porque estaba en la mesa que hacía las veces de bar. La Bella le pidió (era la primera vez que oíamos una frase larga salida de sus maravillosos labios):

—Prepárame una cuba, poeta.

Una larga carcajada enmarcó sus palabras. Fabián enrojeció, bajo los audífonos de su walkman y pronunciando algo inentendible se dio a la tarea de complacer a la Bella. A su Bella. Puso los hielos. Sonaron los hielos en el fondo del vaso.

Sirvió el ron. Sonó el ron golpeando contra los hielos como un grito apenas abierto. Sirvió la coca. Sonó la coca sobre el ron como una plancha de vapor. Todos en silencio oyendo a Fabián preparar la cuba de la Bella. Temblando le tendió el vaso. Su musa lo tomó con fuerza, Fabián por descuido no lo soltó y, claro, la cuba empapó la prácticamente inexistente blusa de nuestra diva. Sonora carcajada mientras Fabián sólo atinaba a disculparse y pasaba una servilleta intentando secarla. Ella le arrebató el papel para limpiarse por sí misma y le gritó, enfurecida:

—¡Pendejo!

Estruendosa carcajada del grupo. Fabián, olvidando su suéter de grecas salió a la calle, llorando. La ciudad, supongo, lo recibió sin compasión. Se perdió la fiesta y no pudo bailar, como nosotros, ni siquiera una pieza con la Bella. No alcanzó a ver tampoco, cómo la blusa mojada se le untaba en el cuerpo como una túnica invisible.

La segunda escena ocurrió en la final del fútbol interprepas. Jugábamos nosotros contra el Colegio Inglés: era un clásico. Fabián, por supuesto, no jugaba: era el porrista oficial. Perdimos. Siempre perdíamos frente a los del Inglés. En las gradas, junto a Fabián, la Bella. Dicen los que estuvieron cerca —yo era el portero— que él quiso conversar sin éxito. Poco antes de que terminara el juego se soltó un aguacero terrible, como si las nubes lloraran también nuestra derrota. Todos subieron a los coches, menos Fabián que se había quedado cobijado en una parada de autobús. Estaba empapado, espantoso. La Bella pasó en su renault negro —la cueva de la Bella, por supuesto— y le dio aventón a Fabián. Fue increíble cuando lo vimos subir a su coche. Nuestra envidia alcanzó proporciones de derrame biliar cuando arrancaron. A la mañana siguiente, antes de que llegara la Bella todos fuimos a preguntarle a Fabián a dónde habían ido.

—A ningún lado, a mi casa.

—Pero tú vives solo —replicó Eulogio Quintero, enfadado.

—Sí.

—¿Y ella pasó a tu departamento, entró?

—Sí. Le invité un café con ron, para la empapada.

—¿Qué más pasó?

—Nada, de veras.

—¿Me vas a decir que le leíste tus poemas, cabrón? —le dijo Quintero, molesto.

—No. Me hubiera dado pena. Sólo se tomó su café, platicamos y ya. Caray, te lo juro.

—Te digo de una vez que la Bella es sólo mía, ¿entiendes o te explico, pendejo?

—Pero si no pasó nada, Quintero, ¿qué más quisiera!

Esa última frase por poco y se convierte en su epitafio. Quintero, desbordado por los celos se fue contra Fabián. En el suelo, ensangrentado, escupiendo, lo encontró el profesor de etimologías. Quintero fue expulsado por dos meses, como escarmiento y Fabián quedó con un ojo morado con el que no podía ver y al que, dicen, le ponía un bistec todas las noches para que se desinflamara. Cuando la Bella entró al salón y vio a Fabián nos ignoró a todos y colocó en su mejilla un beso íntimo, que imaginamos cálido.

—¿Qué te pasó, Fabián, qué te hicieron?

—Quintero lo golpeó por tu culpa —contestó Morales. Un diminuto de lentes, con una voz chillona como carro de camotes.

—¡Cómo pudo ser! ¡Cómo te pudieron lastimar así! —repetía la Bella entre sollozos acariciándole la cara. El profesor de raíces calló a todos y empezamos a declinar. La cantaleta rosa rosae rosam rosas llenó la atmósfera y todos nos olvidamos de Fabián. Él, todavía de cuando en cuando, pasaba por sus labios rotos un pañuelo que le dio la Bella. No para quitarse la sangre, que horas había parado la hemorragia, sino para olerlo e ima-

ginarse los labios de su amada. Los imposibles labios de la Bella.

La tercera ocasión que lo traté fuera de la escuela fue en la kermes del Instituto Esparza, un colegio de monjas. Todos íbamos no motivados por ayudar a las madres en su caritativo devenir, sino para ver a las muchachas del colegio que ese día —con permiso interesado de las religiosas— podían usar minifalda. En el puesto de una gitana a la que habían contratado para leer la suerte entramos Fabián y yo. La gorda tomó la mano de Fabián y, alarmada le dijo: “Hay una mujer en tu vida. Aléjate de ella, te puede traer la muerte”. Salimos asustados y Fabián tuvo cara de sonámbulo por seis días con sus noches. En la escuela, ya casi al terminar el año, seguía absorto, pensando en las palabras de la corpulenta adivinadora.

La cuarta vez que lo vi fuera de la escuela —y la última— ocurrió hace dos días, en una cena de ex-alumnos. Nuestras respectivas historias fluyeron: Quintero había ingresado al cuerpo diplomático y era embajador en un país exótico donde —nos imaginamos— golpeaba a su primer secretario enamorado de la agregada cultural. Díaz se casó y era gerente de una fábrica textil. Morales se había convertido en un reputado físico y daba clases en la Universidad. Yo, pues ya me ve, sigo aquí en este periódico, redactando reportajes que nadie lee. Y Fabián, ¿qué había sido de Fabián, nos preguntamos al verlo entrar? Nos lo contó con breves palabras: participó en varios movimientos sindicales, organizó cooperativas en el sureste y se mantenía de alguno que otro artículo en revistas o de dar clases de literatura cuando ya la necesidad lo obligaba a un sueldo fijo. Era el mismo. Sin walkman, pero idéntico. Después de su historia todos nos vimos con la misma expresión y casi sin pronunciarlo preguntamos a los otros:

—¿Alguien sabe algo de la Bella?

Cada quien una parte, lejana, poco comprobable. Que se había casado con

un político, según unos, que había visto su foto en una revista de modas, según Morales, que había estado implicada en el escándalo de hacía años, el del robo de pinturas, según los menos creíbles. Fabián esperó tímidamente a que todos dijeran lo que no sabían para afirmar:

—Nada de eso es cierto. O es parcialmente cierto. Yo la vi tres veces después de la prepa. Una, en una exposición de su primo, en la Casa de Cultura. Le pregunté qué había hecho de su vida y me lo resumió con brevedad: Una mierda, dijo. Se casó, tuvo dos hijos, se divorció.

—¿La consolaste? —pregunté.

—¿Le preguntaste quién había sido su esposo? —terció Morales.

—No. Le ofrecí matrimonio. Le dije que yo la había estado esperando todos esos años y que, incluso, le dediqué mi primer libro. Me dijo que ella lo tenía, que se lo había enviado su primo.

—¿Y aceptó casarse contigo?

—No. Por supuesto. Me dijo que no creía en el amor y que sólo me haría sufrir. Las cosas que dicen las mujeres cuando no quieren nada contigo.

—¿Y luego?

—La vi poco después en una obra de teatro. Comentamos algunas cosas, nada de trascendencia. Estaba más hermosa que nunca. Los años le habían dado, no sé, una distancia frente a las cosas. Aplomo. Sí. El aplomo que da el desapego. Pero la noté terriblemente deprimida, ausente.

—¿Y la tercera?

—Ayer, en la escuela.

—¿Comprando boletos para la cena?

—Sí.

En ese momento, como si la hubiéramos estado conjurando, entró la Bella. Era cierto lo que Fabián había dicho; estaba más hermosa que la mujer más hermosa del planeta. Sí habían pasado los años por ella, pero sin demacrarla. Tenía ese aire enigmático de siempre, muy profundo. Todos nos levantamos a besarla, a saludarla, a enseñarle nuestra ve-

jez. Besos, abrazos, apretones de manos. Al final saludó a Fabián, con un beso en la boca. Nos quedamos atónitos, Morales se atrevió a reclamarle:

—¿No que sólo la habías visto tres veces? —Era increíble, pero después de tantos años seguíamos sintiendo celos de Fabián. La Bella era nuestra (de cada uno y de nadie, como todas las mujeres hermosas).

—Ayer —explicó la Bella— Fabián y yo volvimos a encontrarnos. O mejor: por fin nos encontramos. Aunque un poco viejos ya, podemos intentarlo, ¿no crees, Morales?

—Bueno, es que...

—Alicia y yo pensamos casarnos —dijo Fabián. Ya nadie recordaba el nombre de la Bella y al principio pensamos que se trataba de otra persona— Ustedes se-

rán los primeros invitados a la boda.

Esa noche bebimos, intentamos olvidarnos de nuestros respectivos fracasos frente a Fabián, que era nuestro héroe. El único que había cumplido sus sueños. No supe más hasta hoy, que usted llega a preguntarme sobre su vida. Usted dice que ha sido una gran pérdida para las letras del país y me explica —si es que acaso alguien puede explicar la muerte— sobre el accidente de Fabián y la Bella. Me dice que fue al salir de la cena, que fue en el coche de él. Y yo no puedo creerlo. No es posible. Se trata también, señor, de una gran pérdida para nosotros. Desapareció, con Fabián, la mujer más hermosa de la tierra y eso, usted podrá comprenderlo, no puede aceptarse fácilmente.

